



MUJERES ENAMORADAS
COMETEN TRAVESURAS ROMÁNTICAS

Vicente García Campo

MUJERES ENAMORADAS
COMETEN TRAVESURAS ROMÁNTICAS



Primera edición: marzo 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Vicente García Campo

ISBN: 979-13-88195-32-7

ISBN digital: 979-13-88195-33-4

Depósito legal: M-7937-2026

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Nuria, mi traviesa.

El corazón tiene razones que la razón no entiende.

PASCAL

ÍNDICE

SERÁS UN BUEN PADRE.....	13
UN BRINDIS POR ANDREA	55
LOS SECRETOS DEL MUNDO	65
LOS AMORES SECRETOS.....	79
UNA ESPIRAL DORADA.....	113
LAS OLAS VIENEN Y VAN	117
SIETE VIDAS TIENE UN GATO	129
CARA NORTE.....	149
EARENDEL, LA ESTRELLA MÁS LEJANA.....	167
CARIÑO, ¿NOS QUITAMOS LOS CRAMPONES?.....	177
AZUL TURQUESA.....	183
UNAS PALABRAS DE DESPEDIDA.....	193

SERÁS UN BUEN PADRE

1

Sí, había comenzado a llover de manera imprevista.

Apenas un par de horas antes, mientras Lucía conducía hacia su hogar, solo había distinguido unas pocas nubes de aspecto amable y algodonoso en la lejanía.

Nada que la alejara del mullido pensamiento de que todo en el trabajo se había desarrollado como era debido, de que era viernes al mediodía y de que su marido la esperaba con una sonrisa y una fideuá recién hecha.

Pero de eso hacía ya un rato largo.

Y ahora llovía.

El otoño comenzaba a mostrarse sin timideces y Lucía, especialista en finanzas de una empresa multinacional, yacía estirada, con los párpados bajados y las manos caídas sobre el pecho en el sofá. A su derecha, a la altura del hombro, sobre la mesita de cristal, un tapón de corcho, a su lado una botella de vino intacta. Más allá, en la mesa principal del comedor, dos platos de fideuá que nadie había tocado.

Lucía escuchaba la lluvia que caía, insistente y pertinaz, al otro lado del cristal, sobre el toldo para el sol,

que no había tenido tiempo de recoger y que se mojaba tontamente. En el interior de sus párpados, le parecía ver, como en una diapositiva atascada, lo último que contempló antes de cerrar los ojos. Se trataba de sus calcetines blancos reflejados en la pantalla del televisor apagado.

Dejó que el tiempo, transcurriera, así, sin hacer nada, con la foto fija de sus calcetines incrustada en el nervio óptico.

Estaba ofendida.

Él, su marido, se había dedicado a chafardear sus papeles sin permiso.

Sí.

Pero no conseguía concretar su furia en nada.

Nada de nada.

Pues lo que le dijera Alberto respecto de ese tema de los papeles ya solo podía considerarse como historia.

«El futuro está en marcha, no puede evitarse».

Tal vez ese era el motivo por el que solo conseguía ver esos calcetines blancos que ni siquiera eran sus preferidos. Estaba ofendida y aburrida. No era fácil olvidarse de la ofensa, así que decidió que era el momento de dejar de aburrirse. Tenía que enfrentarse a la realidad. Aunque esta se limitase, en su circunscripción de lo real, a su marido, que debía pulular por ahí, en algún lugar del salón. Merodeando como una hiena, esperando a que ella se decidiera a abandonar su fase sarcófago. Pues él sabía, sin duda alguna, que Lucía no dormía y estaba dispuesto a abalanzarse sobre ella para continuar la discusión.

Sí, ella tenía que enfrentarse a lo real. Olvidarse de sus calcetines blancos. Levantó los párpados y, como por un ensalmo mágico, el mundo se le apareció en toda su cotidiana rotundidad.

Se incorporó en el sofá.

Extendió la mano, tomó la botella de vino, se sirvió una copa. Normalmente se hubiera llevado la bebida a la nariz para disfrutar de su aroma. Esta vez la dirigió, directamente, hacia sus labios. Su intención era, más que beber vino, ingerir alcohol. Antes de que pudiera hacerlo notó cómo alguien, sin duda Alberto, su marido, le sujetaba la muñeca con suavidad y firmeza.

—No en tu estado —escuchó.

Vaya, eso no era lo que ella esperaba.

Dejó ir la copa con docilidad.

¿Cuándo había comenzado a llover? No lo sabía, de repente, al volver la vista hacia el jardín, descubrió que las baldosas se habían oscurecido, mojadas por unas gotas que se habían lanzado contra ellas como paracaidistas silenciosos. ¿O tal vez fueron sus ojos humedecidos por las lágrimas, los que le hicieron descubrir un ligero brillo de lluvia sobre la hierba? Lo cierto, en cualquier caso, es que llovía. El cielo se había oscurecido y toda la parte inferior de la casa pareció sumirse en una penumbra triste.

Llovía y ella había llorado. Él, antes de que llegaran a sentarse a la mesa y pudieran disfrutar de la fideuá y del vino, le dijo que lo había leído. Debíó ser entonces cuando comenzó a llover. Se enzarzaron en una discusión algo elevada de tono. Ella le acusó de traspasar los

límites de su intimidad. Había abusado de su confianza, no tenía ningún derecho, absolutamente ninguno, a hacer algo así. Él se limitó a constatar que había encontrado el documento por pura casualidad y que era normal que le echase un vistazo. Pura curiosidad inocente. Sin embargo, la reacción de ella le parecía anormalmente exagerada, histriónica incluso.

—Entonces, ¿es verdad? —le preguntó a Lucía.

«¿Verdad?».

Él era diez años mayor que ella. Había salido de un matrimonio, con dos hijos, que dejó de funcionar antes de que ella le conociera. Hacía cerca de cinco años que estaban casados. Hasta ese momento, felizmente casados. Él siempre la había querido y respetado. Por activa y por pasiva. Nunca le había levantado la voz y ella era consciente, de que en las pequeñas e inevitables batallas conyugales, él siempre cedía terreno propio si eso se traducía en un sano bienestar para la pareja. Todo lo contrario que ella. Lucía se lanzaba a todo tipo de argucias con tal de herir a su adversario. De clavar bandera, pica y lo que hiciera falta en el campo contrario. Pero, ella había terminado aceptándolo, era como lanzar flechas de juguete contra la coraza de un rinoceronte. El resultado habitual consistía en que, después de todos sus ataques, Alberto le sonreía con sinceridad. Entonces ella, derrotada o vencedora, lo dejaba correr. Además, nunca lograba convencerlo del todo. A cambio, él dejaba hacer. Por ejemplo, cuando Lucía decidió que era el momento de cambiar la nevera. Le explicó, en primer lugar, las maravillas técni-

cas del modelo que ella había elegido, también la manera en que les facilitaría la vida el hecho de tener un buen surtido de platos preparados en el congelador. Trató de que él se imaginara llegando cansado a casa, meter, como el que no quiere la cosa, uno de aquellos platillos en el microondas y, en el escaso tiempo en que él se cambiaba el traje y se vestía de andar por casa, tener la comida lista para consumir. Él se lo imaginó. Entonces ella colocó, frente a él, sobre la mesilla del comedor, los números, claritos, claritos, que mostraban cómo lo podían pagar, sin apenas enterarse, sin necesidad de ningún sacrificio. Él le dio toda la razón pero dijo que no veía la necesidad. Le parecía que la vieja nevera todavía se encontraba en condiciones de dar un buen servicio durante unas cuantas temporadas. Cuando, unos días más tarde, Alberto, al regresar de su trabajo, descubrió el nuevo frigorífico de la cocina, se limitó a constatar que el aparato daba un aire más moderno a la estancia y que ahora que, por fin, disponían de espacio libre en la nevera, había llegado el sagrado momento de trasladar alguna botella de orujo al interior de esta. Dicho y hecho. En el momento en que Alberto comprobó que el licor estaba suficientemente frío, la llamó, sirvió dos chupitos y brindaron por el nuevo electrodoméstico...

«¿Verdad?».

—¿El qué es verdad? —preguntó Lucía.

—Que me has engañado —se quejó él.

Ella lo escuchó perpleja. ¿Le había engañado? Ella creía que no. Simplemente, como tantas otras veces, la

nevera, la reserva de las vacaciones de verano... Se le había adelantado. Pero no creía que le hubiera mentido. Solo era cuestión de unos pocos días que ella se lo dijera. Además, tarde o temprano, era inevitable, terminaría sabiéndolo. Pero, para decírselo, necesitaba estar segura y luego había detalles que a ella le gustaba cuidar, cosas como el lugar o el momento tenían que ser algo especial.

Alberto recogió la copa de vino de la mano de su esposa. La levantó ligeramente, la colocó al trasluz para contemplar el líquido de un bello color cereza. Luego se la llevó a los labios.

Un sorbo largo.

Mantuvo unos segundos el vino en boca para disfrutar de su paladar.

—¡Huuum! —se relamió—. Es una pena que no puedas beber.

Lucía no creyó que ella no estuviera en condiciones de beber, ni tampoco que él fuese capaz de apreciar la calidad del vino en esos momentos. Se trataba tan solo de mostrarle que él dominaba la situación.

Alberto dejó la copa de vino vacía sobre la mesita. Salió al jardín, respiró hondo y recogió con el rastrillo algunas hojas caídas que amontonó en una de las esquinas, al pie del arce. Quizás hubiera dejado de llover pero, con bastante seguridad, la tela del parasol debía seguir mojada. En todo caso, al abrir el cristal de la corredera, Lucía contempló cómo algo de una claridad gris y húmeda, de final de tarde de viernes, se colaba desde el jardín.

Poco después, cuando él cerró la amplia cristalera para pasar nuevamente al salón, un silencio profundo y una oscuridad inesperada se adueñaron de la sala.

Alberto se retiró en silencio a su despacho en la primera planta. Últimamente, según él, siempre tenía mucho trabajo. Ahora le daba por ganar más dinero. Manías masculinas. Ya hacía tiempo que con sus ingresos habituales tenían de sobra para vivir holgadamente y cambiar de nevera sin problemas si era necesario.

Pero... le había dado por ahí. Lo peor era cuando se ponía a hablar de dinero, de imaginarios negocios que les iban a reportar importantes beneficios. ¡Qué pesado! Con lo que le gustaba a ella, cuando todavía era un buen aficionado al alpinismo, que le explicara que había descubierto un lago precioso en la vertiente oriental de no sé qué montaña. O, en otro orden de cosas, un nuevo restaurante en el que hacían un pulpo a la gallega que era *bocatti de cardinale* y luego ella, en recompensa por lo que le había hecho disfrutar a su paladar, le ofrecía a él *pecatti de obispi*, que tampoco estaba nada mal.

Ella, después de verle subir, se sentó en el sofá. Pensó que le hubiera venido bien contemplar alguno de esos paisajes maravillosos que se abrían ante uno a doble portada en alguna de las antiguas revistas montaÑeras de Alberto; pero todo aquello estaba muy lejos, en el piso de arriba, dieciocho peldaños y unos pocos metros de pasillo. Además, ¿quién sabe? Quizás buscaba uno de esos lagos bucólicos que tanto le gustaban a ella.

«Sí, para echarle de cabeza a él, de una patada en el trasero».

Agotada por el pensamiento de la excursión lacustre, optó por mirar fijamente a la pantalla apagada del televisor. Después de contemplarse durante un tiempo, pensó que lo mejor sería recogerse sobre sí misma, hacerse un ovillo de gato. Tomó una de las mantas del sofá y se la echó encima. De repente, un suspiro cálido le recorrió la columna. Fue el calor de la manta, el silencio del televisor, la comodidad del sofá, y una compañía cercana, que todavía no acertaba a delimitar por completo, pero que ya no era una ausencia, lo que le susurró con dulzura que se encontraba en su hogar.

Pronto comenzaría a anochecer y los calcetines blancos no le vendrían mal.